ROLANDO
del CEMENTERIO

Fabio Genovesi

ROLANDO del CEMENTERIO

Dos fantasmas que salvar

Ilustraciones de Gianluca Maruotti

Traducción de Marinella Terzi

edebé

Título original: *ROLANDO DEL CAMPOSANTO. Due fantasmi da salvare*
Texto de Fabio Genovesi
Ilustraciones de Gianluca Maruotti
© 2019 Mondadori Libri S.P.A., Milano
Derechos negociados por Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© Traducción: Marinella Terzi
© Ed. Cast.: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia

1.ª edición, junio 2021

ISBN: 978-84-683-5270-1
Depósito legal: B. 1152-2021
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

El niño del cementerio

Bueno, voy a advertíroslo de inmediato, porque si no, alguien podría decir «Nos lo tendrías que haber dicho antes», así que os lo digo antes. O sea, os lo digo ya, y no hay nada que sea antes que ya.

O puede que sí, antes que ya está ayer, por ejemplo. Pero ayer yo no os lo podía decir, porque vosotros no habíais abierto todavía este libro, así que bien mirado es culpa vuestra.

Pero no hay problema, os perdono, y os advierto: esta historia que está a punto de comenzar es la historia más extraordinaria, más espantosa, más increíble que yo haya escuchado en toda mi vida.

Es verdad que en toda mi vida he escuchado solo tres historias, para ser exactos, tres y media. Pero la que voy a contaros gana seguro, a las otras dos y media las hace picadillo, no hay color. Es tan estrambótica y emocionante, que si uno la escucha no se sabe qué efecto puede hacerle.

El cartero de mi pueblo, por ejemplo, se jubiló en un santiamén y abrió un criadero de jabalíes.

Un niño que era el primero del colegio, y de la catequesis también, huyó de su casa y ahora vive en las profundidades del bosque.

Una mujer de una cierta edad, que se llama Inés, en cambio, atendió a todo el relato de principio a fin sin inmutarse, luego se levantó del sillón, fue a prepararse una manzanilla y no le dio más vueltas. Pero hay que decir que Inés es sorda como una tapia, y probablemente no oyó ni una palabra.

En fin, si vosotros oís bien, y tenéis el valor de escucharme, preparaos porque ahora voy a contaros la historia de un niño misterioso y especial: el niño del cementerio.

Que es raro, muy raro, en el pueblo lo dicen todos.

Siempre está solo, no juega con los demás y nunca sonríe. O puede que sí, de vez en cuando estalla de pronto en carcajadas, como si hubiera visto algo divertido o se lo hubiera oído a alguien, pero con él no hay nadie. O, por lo menos, nadie que podamos ver nosotros.

Y si en un momento dado dice alguna palabra, el niño del cementerio la dice en voz muy baja, solo para sí mismo. O para su único amigo, un mirlo negro que revolotea a su alrededor y a veces se posa en su hombro, como el papagayo de un pirata. Pero los papagayos son de mu-

chos colores y sueltan frases divertidas con voz de persona. Sin embargo, el mirlo es negro y serio, y solo pía, y no se sabe lo que dice, pero el chico le contesta.

A los demás, no, a los demás no les responde nunca. Aunque le hagan una pregunta sencillísima, del tipo «¿Cómo te llamas?», o «¿Cómo estás?», o «¿Quieres jugar con nosotros?». Bueno, de esto no estamos del todo seguros, porque estas cosas nunca se las ha preguntado nadie realmente, pero debe de ser así.

Basta con mirarlo en el colegio, callado en el pupitre durante las clases y callado en el patio durante el recreo. O por las tardes, que solo se le ve en los entierros, tras el ataúd junto a su tío, en el camino sinuoso que lleva de la iglesia al cementerio.

Pero no va a jugar a casa de sus compañeros de clase, ni tampoco a las fiestas de cumpleaños que celebran. Es verdad que no le invitan nunca, pero, bueno, no le invitan porque saben de sobra que respondería que no.

De hecho, a su cumpleaños nunca invita a nadie. Ni siquiera sabemos qué día es. Hay quien dice que en realidad el niño del cementerio es un fantasma, y los fantasmas no recuerdan cuándo nacieron y, por tanto, no celebran fiestas de cumpleaños: solo celebran Halloween. Pero él en Halloween tampoco ha invitado nunca a nadie a su casa.

Y es una gran suerte porque ¡su casa es el cementerio!

Lo juro, vive allí dentro, entre tumbas y cruces. Por la noche también duerme allí, aunque nadie sabe cómo

logra dormirse. ¡Y una mañana vieron que estaba desayunando precisamente dentro de uno de los sepulcros! Empleaba un ataúd como mesa, estaba allí tan tranquilo, llevándose la cuchara del bol a la boca, del bol a la boca, solo que, dentro de la leche, en vez de galletas, el niño del cementerio come… ¡arañas!

Como os lo digo: ¡leche y arañas! Muchísimas, minúsculas y negras, se le salen de la boca mientras las mastica con gusto, luego se las traga y se nota que le encantan.

Y si desayuna leche con arañas, quién sabe lo que se zampará para comer. Como mínimo gusanos en vez de espaguetis, o serpientes. Para cenar, ratones asados o muslos de gato negro estofados, e igual que los demás pican patatas o caramelos, a él le chiflan los escorpiones fritos, las sanguijuelas y los ciempiés.

En realidad, solo le han visto desayunar. Esto que digo no lo ha visto nunca nadie, pero la gente cuenta que es así, así que será así de todas, todas.

Y del niño del cementerio se cuentan otras muchas cosas todavía más extrañas y espantosas. Si queréis oírlas, solo tenéis que bajar al río y encontraros con la gente que está allí. Porque ayer terminó el colegio, y esta mañana todos han corrido a tomar el sol y salpicarse y a jugar al balón, y, claro, a charlar. Pero como no tienen muchos temas de que discutir, al minuto ya están hablando de él otra vez.

Podéis escucharlos y reíros, y después puede que vosotros también contéis cosas sobre el niño del cemente-

rio. No importa que en realidad no sepáis nada, os inventáis historias sobre la marcha como hacen ellos. Con que sean tremendas, alucinantes, es suficiente. A fuerza de carcajadas y salpicones y zambullidas, acabaréis creyéndolas, y la jornada pasará sin demasiadas complicaciones.

Así que sí, id con ellos, es un buen plan. Mejor así. Poneos el bañador, montaos en la bici y ¡adelante! El camino es sencillo, liso y recto y muy llano: solo cerrad este libro, y no lo leáis nunca más. Guardadlo en un cajón, o regaládselo a alguien que os resulte antipático, y olvidaos de nosotros.

Porque nosotros nos vamos a otro sitio.

No seguimos a la gente, ni siquiera la escuchamos, y en vez de hablar a espaldas de ese niño raro, nosotros vamos a conocerlo realmente.

Así que ánimo, tomemos una linterna y aventurémonos en las tinieblas. Porque, mientras los demás van al río, nosotros nos vamos al cementerio.

Pero puede que vosotros no tengáis el valor suficiente, puede que os dé miedo la oscuridad o él mismo, o puede que tengáis miedo de que estando cerca de él la gente os señale y hable mal también de vosotros.

Pues entonces marchaos, adiós, dad media vuelta y corred a hacer lo que os parezca. Pero ya mismo, ¡por favor! No deis marcha atrás, y no paséis página.

Porque si lo hacéis, entonces venís con nosotros. Y ya os he advertido que nosotros vamos con él. Con el niño del cementerio.

Ya nos está esperando. Nos espera y sonríe. Desde la oscuridad de una tumba.